

EL PICNIC QUE SE POSTERGO

Por **GUILLERMO I RANKIN**

SOBRE el fuego había una olla hirviendo, con huevos. La mamá estaba untando tajadas de pan para hacer sándwiches. El sol penetraba a través de las cortinas alegres de la cocina, anunciando un día perfecto para realizar un picnic. En eso se abrió la puerta de la cocina, y entró el papá que había salido a hacer una compra de último momento. La mamá lo recibió con una sonrisa de agradecimiento y comenzó a deshojar la lechuga preparándola para los sándwiches.

-Yo no sé si vendrá alguien más con nosotros al picnic esta mañana. Por aquí no aparece nadie -comentó la mamá.

Un muchachito apareció en pijama por el pasillo.

-Mamá, ¿hoy es el día cuando vamos a ir al picnic?

-Creo que sí -llegó la respuesta de la cocina-, pero se está haciendo tarde y el viaje que tenemos que hacer es bastante largo.

El muchachito desapareció rápidamente, entrando en su dormitorio y entonces se oyó que en el dormitorio de enfrente, también había señales de vida.

El papá se sentó para echarle una mirada al periódico del domingo, pero hizo una advertencia en voz alta, para que la oyeran desde los dormitorios.

-En dos minutos terminaré de leer el diario, y el que no esté aquí, tendrá que quedarse sin comer hasta mediodía.

En eso apareció Donaldo, corriendo, con los zapatos en la mano. Se sentó a la mesa y comenzó a ponérselos.

-Mamá -se oyó desde el otro dormitorio-, ¿usaré el vestido rayado o el floreado?

-Usa el rayado, querida. No planché el otro. Está en el ropero.

Siguió un intervalo en el cual Donaldo intentó beber el jugo de naranja, pero la madre le pidió que esperara a su hermana.

De repente, un grito de terror proveniente del dormitorio de la niña atrajo la atención de todos.

-¡Mamá! ¡Mamá!

Se Oyó luego un sonido suave y sordo como el que hace un cuerpo al caer al suelo.

-¡Mamá, no puedo caminar! -añadió la niña, y al oírla sus padres corrieron al dormitorio.

Cuando entraron, vieron que la pequeña Catalina trataba de incorporarse en la alfombrita que había al lado de la cama, donde se había caído. Todavía con el pijama puesto, Catalina yacía en el suelo con las piernas dobladas debajo de su cuerpo procurando ayudarse con los brazos para levantarse, sin poder hacerlo. Sus ojos miraron a su madre con una expresión de súplica, inolvidable, como la mirada de un animalito que hubiera caído en una trampa, al ver alguien que viniera a rescatarlo.

Al instante el papá la levantó en sus brazos fuertes y la colocó al borde de la cama. Sentada allí, con las piernas colgando, Catalina parecía sentirse aturdida y una lágrima le rodaba por la mejilla.

-Todavía. -. todavía puedo moverlas un poco -dijo moviendo un poquito las piernas-. Pero se me aflojaron y parecía que estaban dormidas.

Eso ocurrió un verano cuando se presentaban muchos casos de parálisis infantil, y en la mente de la madre el terrible nombre de esa insidiosa enfermedad seguía resonando mientras sus manos friccionaban suavemente las delgadas piernas de su hijita. La mirada de sobresalto y aflicción que le dirigió a su angustiado esposo reveló que ambos sabían de qué se trataba. La madre luchó por dominarse porque necesitaba mantenerse serena.

-Llamaré al Dr. Bradley -dijo el padre muy serio y desapareció por el vestíbulo.



Al regresar, rodeó con el brazo a Catalina y le dijo serenamente:

-Va a venir pronto.

-Oremos -sugirió la mamá. Oró el papá. y luego oró la mamá, y cuando le tocó el turno a Catalina ella rogó inocentemente: "Querido Señor, no quiero perder el picnic, pero sea hecha tu voluntad".

Cuando abrieron los ojos la mamá le sonrió a Catalina y le acarició la pierna.

-Vamos a postergar el picnic -le prometió.

En eso llegó el médico. Examinó a Catalina, e indicó que la llevaran al hospital. Allí se la puso en cuarentena y se la cuidó mucho.

Durante las 48 horas siguientes la niña fue gradualmente empeorando. En la casa, el papá y la mamá se mantenían cerca del teléfono. Donaldo percibió la gravedad de la condición de su hermana y permaneció sentado, observando ansiosamente a sus padres.

-¿Se va a sanar Catalina? -preguntó.

-Está muy enferma, querido, pero estamos orando por ella -le respondió la mamá, tratando de retener las lágrimas.

-Yo también voy a orar -dijo Donaldo.

Al tercer día la mamá llamó al pastor Reilly y le contó todo lo que había ocurrido.

-¿Quisiera Ud. que yo fuera y ungiera a su hija? -le preguntó él.

Con los ojos llenos de lágrimas la madre respondió:

-Sí -luego añadió-, venga pronto. Se hicieron los arreglos con el doctor y el hospital para que el pastor Reilly y dos ancianos fueran al cuarto donde yacía la niña enferma. Se realizó una corta ceremonia de ungimiento y oración. Después que se fueron el pastor y los ancianos, el papá y la mamá pidieron que se pusiera cerca del cuarto de la niña una cama para que ellos pudieran pasar la noche en el hospital.

Donaldo quedaría en la casa con algunos parientes.

El papá y la mamá no podían dormir. Pasaban las horas, recostados, en silencio, ocupado cada cual con sus propios pensamientos, sin que cruzara entre ellos una sola palabra.

-Su hija parece sentirse más tranquila ahora y está respirando mejor.

Ese fue el informe que les dio la enfermera de la sala de parálisis infantil, pero los padres de Catalina apenas pudieron creerle lo que les decía.

-Gracias -susurró la madre-, pero casi no durmió nada durante el resto de la noche.

Al día siguiente Catalina se habla mejorado tanto que la llevaron a una pieza particular, y se les permitió a los padres que la visitaran. Estaba sonriente.

-¡ Ey! me siento como nueva -exclamó regocijada.

A la tardecita, cuando el médico la examinó, se sintió muy perplejo. Volviéndose a sus padres, les dijo:

-Nunca he visto una mejoría tan asombrosa en esta clase de parálisis infantil. Esta niñita tiene muchísima suerte. La vamos a mantener aquí para observarla, pero si mañana está como ahora, no veo ninguna razón por la cual no pueda volver a su casa.

Catalina estaba alborozada y naturalmente, ambos padres rebosaban de alegría. Lo que había ocurrido era algo milagroso.

Al domingo siguiente amaneció claro y hermoso. El papá estaba mirando el diario de la mañana cuando dos personas se acercaron a él por detrás.

-Hola -dijeron juntos-, ¿y qué pasó con el picnic, el que postergamos?

La madre levantó la vista de la mesa del desayuno que estaba preparando y dijo, sonriendo:

-Es un día precioso, y creo que hoy gozaremos más que nunca de nuestro picnic.